

Al servicio de una reconciliación

REGIS DEBRAY

JESÚS DÍAZ, DESDE EL PRIMER MOMENTO, ME PARECIÓ UN HOMBRE SERIO, INCLUSO demasiado serio para ser cubano. Quiero decir que no sólo había una tensión en su actitud, sino que era como si buscara una coherencia intelectual un poco insólita, lo cual, probablemente, tenía que ver con el lado autoritario de su carácter. O sea, que era un hombre íntegro, un hombre cabal, que llegaba siempre al límite de sus convicciones cuando se trataba de decir lo que pensaba y de hacer lo que decía. Lo que, a mi entender, tenía de conmovedor y de admirable fue que puso ese temperamento, que no conducía, por cierto, a la conciliación, al servicio de una reconciliación, de una recomposición, al servicio de un posible reencuentro o, en todo caso, de un deber de reencuentro entre el exilio y el interior.

Escogió ese hermoso título, *Encuentro*, o sea, puente establecido entre el adentro y el afuera, sin acrimonia, sin intolerancia, y, además, le añadió esa importante palabra que es «cultura»: *Encuentro de la Cultura Cubana*, lo que equivale, en cierto modo, a decir «la política pasa pero la cultura queda», y yo diría, parafraseando a un conocido francés, «la cultura es lo que queda cuando ya no recordamos nada de la política» y, particularmente, de las diferencias que a la larga habrá que reconstruir.

Me alegra que Jesús se haya instalado en Europa, que haya venido a Berlín, a París, a Madrid, escapando, quizás de ese modo, de un enfrentamiento algo nefasto, de la alternativa sin salida de Miami o La Habana. *Encuentro* escogió Europa, y es a Europa a la que corresponde ayudarlo a salir de esta asfixiante alternativa. La presencia de *Encuentro* en Europa es para nosotros, los europeos, un verdadero desafío, y, en todo caso, una invitación a seguir siendo como somos. Por eso, estamos en deuda con él.